

PLÁTICA V.

CONDICIONES DE LA ORACION.—II.

Ante orationem prepara animam tuam, et noli esse quasi homo qui tentat Deum.

Antes de la oracion prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta á Dios.

(Eccli. xviii, v. 13.)

PARA ser oídos, debemos no solo rogar en nombre de Jesucristo, sino que debemos tambien rogar con atencion del espíritu, y con afecto del corazon: atencion del espíritu, afecto del corazon, que podemos llamar con santo Tomás el alma de la oracion, y sin los que ella no puede subsistir, lo mismo que un cuerpo sin el espíritu que lo vivifica y anima. Porque, ¿qué otra cosa es la oracion sino una conversacion con Dios, una elevacion de nuestro corazon y de nuestro espíritu á Dios, para exponerle nuestras necesidades, hacerle presentes nuestras flaquezas, reclamar su socorro, implorar su misericordia? ¿Y no supone todo esto un recogimiento y un sentimiento interior? Si pues sucede que en el momento en que hablamos con Dios, nuestro espíritu se distrae hasta perder voluntariamente esta atencion interior, nuestra oracion ya no es oracion: nosotros rogamos como los Judíos, á quienes Dios reprendia que su corazon estaba bien lejos de él mientras que con la boca le glorificaban; y nuestras oraciones, lejos de honrar á Dios, le irritan contra nosotros. Nosotros decimos á Dios como el profeta (*Ps. v, 1*): Señor, dad oido á mis palabras, *verba mea auribus percipe, Domine*: Señor, oid mis gritos, *intellige clamorem meum*: Señor, atended á la voz de mi oracion, *intende voci orationis meae*. Pero al mismo tiempo llevamos nuestro espíritu á otra parte: nosotros pedimos que Dios nos escuche, y nosotros no le escuchamos; ni siquiera nos escuchamos á nosotros mismos, ni nos comprendemos.

Esta desgracia no sucederia si tuviéramos cuidado de prepararnos para la oracion, de precavernos contra las distracciones, en una palabra, si entráramos en las disposiciones que es preciso tener en el santo ejercicio de la oracion. Procuremos instruirnos en este dia, á fin de hacérselo útil y provechoso.

Ningun acto de religion es mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ningun otro con el que sea Dios menos honrado. Todo en la Iglesia católica resuena con las alabanzas del Señor y las oraciones que se le dirigen: pero el corazon y el espíritu de todos los fieles ¿ruegan de concierto con los labios? ¿Y no puede decirse que se rezan en realidad muchas oraciones, pero que pocas son las que se hacen? Cuando no se consultase mas que el buen sentido y la idea que se tiene de este santo ejercicio, ¿podria verse con sangre fria la inaplicacion de espíritu, la tibieza y la indecencia con que se practica? ¿Y no habria motivo para preguntar si es para irritar al Señor que se le habla en la oracion? La oracion, como hemos dicho, es una conversacion con Dios, en la que admitida el alma, por decirlo así, é introducida en el santuario, expone al Ser supremo sus necesidades, le descubre sus tentaciones, sus flaquezas; y penetrada de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor, de reconocimiento, procura honrarle, tanto con su profunda sumision á sus órdenes, como con su confianza y sus votos. ¿Y un acto de religion tan perfecto puede no ser mas que una práctica puramente exterior? No, no, amados hermanos míos. La oracion exige toda la aplicacion de nuestro corazon; es preciso que todo objeto humano y profano desaparezca á los ojos de nuestro espíritu, y que este espíritu se aplique únicamente á lo que pide.

¿Y á quién debemos hablar con atencion si no es á Dios? Juzguémoslo por su grandeza. Aquel á quien hablamos en la oracion, es el mismo Dios, de quien nos hacen los libros santos pinturas tan magníficas, y sin embargo tan desproporcionadas. Es el mismo Dios, que con una mano mide las aguas del abismo, y con la otra sostiene todo el peso de los cielos: que con una mirada derrite las montañas, y en cuya presencia todas las naciones son como si no fueran. Por otra parte, si pensáramos en lo que pedimos, veríamos muy pronto nacer en nosotros el mas perfecto recogimiento. Nosotros pedimos la posesion de Dios, la herencia de la gloria, y la eternidad de nues-

tra dicha: no podemos pedir nada de mas grande, y no debemos pedir nada de mas pequeño. ¿Cómo pues es posible, que la frialdad, la flojedad, la negligencia se apoderen de nuestro espíritu y de nuestro corazon, cuando tenemos motivos tan urgentes de dar á la oracion la atencion y la devocion que pide una accion tan santa y tan sublime?

Como la atencion necesaria á la oracion no puede ser turbada sino por las distracciones, hé aqui lo que debe notarse sobre este particular. Si las distracciones que nos atormentan no son voluntarias, es decir, si ellas nos disgustan, si nosotros hacemos todo lo que está en nuestro poder para librarnos de ellas, lejos de ser nocivas á nuestras oraciones, pueden servir para hacerlas mas agradables y mas eficaces delante de Dios, por la paciencia que nos hacen ejercitar, y por el dolor que nos causan, segun esta bella expresion de san Agustin: Hasta nuestras distracciones, cuando tenemos sentimiento por ellas, se convierten en oracion: *Si dolemus oramus*. Asi pues, las distracciones que tenemos en nosotros á pesar de nosotros, tanto distan de ser pecado, como que son ocasiones de merecer que Dios nos envia para probarnos y hacernos adquirir la virtud. Los mas grandes santos no han estado exentos de esta especie de distracciones. Pero, por el contrario, si las distracciones son voluntarias, si nosotros damos lugar á ellas, si las buscamos, ó si descuidamos desvanecerlas, en este caso ellas son la causa de que la oracion misma se nos convierta en pecado, segun el oráculo del profeta rey: *Oratio ejus fiat in peccatum* (Ps. cviii, 7). Y no se puede negar que ellas contribuyen infinitamente á hacernos criminales delante de Dios: pues ellas son siempre la prueba, no solo del poco respeto que tenemos á su divina presencia, si tambien de nuestra indiferencia para obtener lo que pedimos.

Estas distracciones y estas sequedades de que todos se quejan, provienen casi siempre de que los que ruegan comienzan sus oraciones sin haberse preparado de antemano. Las comienzan sin haber hecho ninguna reflexion, ni sobre la presencia de Dios á quien van á hablar, ni sobre la necesidad que tienen de su gracia, ni sobre lo que quieren pedirle, ni sobre lo que van á decirle: al salir de sus ocupaciones, tal vez de sus placeres, de los que tienen su imaginacion enteramente llena; al salir de una conversacion frívola, y aun quizás criminal, rezan con precipitacion, sin ninguna atencion, lo que llaman *sus devociones*: ¿y es de extrañar que estén distraidos? Un labrador ¿siembra por ventura el grano en su campo sin haber

preparado ántes la tierra? ¿Se presenta nadie delante de una persona de consideracion, á quien quiere pedir alguna gracia sin haber pensado en lo que debe decirle? Con mucha mas razon no debería nadie presentarse jamás delante de Dios para rogarle, sin haberse preparado á ello.

Dos son las especies de preparacion: la preparacion remota y la preparacion próxima. La preparacion remota consiste en una grande pureza de corazon, en una mortificacion perfecta de las pasiones, en una grande fidelidad en guardar todos los sentidos, ya interiores, ya exteriores. Así, hermanos míos, el cuidado que tendréis de tener vuestro espíritu recogido durante el dia, será una de las mejores preparaciones para la oracion. Si, por el contrario, lo dejais ir á todo lo que se presenta, os costará trabajo el contenerlo en la oracion. Precaveos pues contra la disipacion: recogeos de cuando en cuando con toda suavidad por medio de alguna aspiracion á Dios: recogeos sobre todo antes de poneros en oracion. Sed fieles en apartar todo lo que puede impedir os hacerla bien, como, por ejemplo, el movimiento de las pasiones, la soltura de los sentidos, la inmortificacion del genio, el apego á la propia voluntad, la curiosidad del espíritu, la lijereza de la imaginacion, la inutilidad de las conversaciones: estos son otros tantos enemigos de la oracion. Buscad, por el contrario, el retiro, el silencio, el recogimiento, hé aqui la preparacion remota.

La preparacion próxima consiste en ponerse en la presencia de Dios, en excitarse á un verdadero dolor de haberle ofendido, en unirse á Jesucristo, en invocar al Espíritu Santo. Así pues vosotros comenzaréis la oracion con un acto de fe sobre la presencia de Dios, pensando en la grandeza de aquel á quien vais á hablar: animaréis vuestra fe sobre la verdad de esta divina presencia: os uniréis á los ángeles y á los santos, para adorar y anonadaros delante de aquella Magestad infinita con todo el respeto que os será posible: purificaréis vuestra alma con un acto de contricion: procuraréis unir vuestra oracion con la de Jesucristo, deseando rogar como él, con él y por él; y reconociendo que no podeis tener, ni buenos pensamientos, ni buenos sentimientos, si el Espíritu Santo no los forma en vosotros, invocaréis con mucho fervor las luces de este Espíritu divino, y para obtener esta gracia imploraréis la intercesion de la Santísima Virgen y de todos los Santos. Si vosotros os preparais así para la oracion, no dudeis que los esfuerzos que el enemigo de vuestra salvacion pedrá hacer para distraeros, serán vanos é inútiles; ó

si Dios permite, á pesar de todo vuestro cuidado, el que seais atormentados por distracciones involuntarias, lejos de causaros ningun daño, serán para vosotros una ocasion de mérito, y no dejaréis de obtener el efecto de vuestras peticiones.

Se debe rogar con una firme seguridad de que Dios nos oirá favorablemente en vista de los méritos de Jesucristo. El apóstol Santiago quiere que llevemos nuestra confianza hasta no dudar que dejemos de ser atendidos, hasta no titubear. Si á alguno le falta sabiduría, dice (*Jacob. iv, 5*), que la pida á Dios, el cual la da á todos abundantemente; pero que la pida con fe, sin ninguna desconfianza; porque el que duda, se parece á las olas del mar que son llevadas acá y acullá por la violencia de los vientos: *Postulet in fide, nihil hæsitans*. Cuando uno se presenta á Dios por medio de la oracion, es preciso empezar por creer que él es muy bueno y muy poderoso para recompensar á aquellos que le buscan; y nada es tan injurioso á Dios, como la oracion de un hombre, cuya fe es vacilante, que no está vivamente convencido, ni de la excelencia de los bienes eternos ni de la necesidad que él tiene de Dios, ni de su poder para socorrerle, y que no pide sino con flojedad lo que no cree sino á medias.

Esta firme confianza, que debe acompañar nuestras oraciones, está fundada, 1.º sobre las promesas de Dios; porque él ha dicho que nos oirá favorablemente cuando le invocáramos; 2.º sobre lo de san Pablo, de que el Espíritu Santo ruega él mismo por nosotros; y lo hace con tanto celo, que sus peticiones se llaman *peticiones inexplicables* (*Rom. viii, 26*); 3.º sobre que Jesucristo hace por nosotros las funciones de pontífice cerca de su Padre, es decir, que intercede y ruega continuamente por nosotros, hasta hacerse en cierto modo nuestro abogado, segun la expresion de san Juan (*I Joan. ii, 1*); y san Pablo nos hace observar todavía (*Hebr. iv, 15*), que para hacerse mas sensible á nuestras miserias é interesarse mas por ellas, quiso Jesucristo experimentar voluntariamente en sí mismo todas las tentaciones y debilidades, á excepcion del pecado. Y en vista de esto, ¿cómo es posible concebir, hermanos míos, la poca confianza que tienen la mayor parte de los cristianos cuando recurren á Dios en la oracion? Ellos ruegan, es verdad, pero es por costumbre y á lo que salga. Ellos se entregan á vanas inquietudes. Ellos recurren al cielo cuando los hombres les faltan, y Dios es siempre el último á quien invocan: ellos cuentan con Dios, pero mucho mas consigo mismos y con los recursos humanos. Almas ingratas é infieles, hombres de poca fe, ¿porqué dudais así de la

bondad de Dios (*Matth. viii, 26*). *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿Nos hubiera mandado Jesucristo la oracion, si no hubiese estado resuelto á concedernos nuestras peticiones? ¿Y que no es en nuestros dias lo que era cuando conversaba entre los hombres, siempre dispuesto á atender á aquellos que recurrian á él?

Se debe rogar con una grande persuasion de nuestra miseria, de nuestra flaqueza, y de nuestras necesidades. Como Dios nada debe al hombre, el hombre no tiene en sí mismo nada que pueda hacerle digno de lo que espera de Dios, si no es la confesion y el reconocimiento de su indignidad. Cuando el hombre se hace de este modo justicia á sí mismo, Dios le hace gracia; porque Dios es celoso de su gloria. Su gracia le pertenece, y él no la da sino á aquellos que conocen como deben su indignidad interior, y dicen con el profeta (*Thren. iii, 4*): Señor, yo conozco, yo siento mi pobreza: *Ego vir videns paupertatem meam*. «Cuando nosotros rogamos, dice san Agustín (*Serm. xv, de verbis Domini, cap. 2*), debemos considerarnos delante de Dios como pobres mendigos acostados por tierra á la puerta del gran Padre de familia, gimiendo y suplicando para recibir alguna cosa.» Así pues debemos siempre comenzar nuestras oraciones por la confesion de nuestra indignidad. Esto es lo que los mas grandes santos nos han enseñado con su ejemplo. Prueba de ello es Daniel: En mi afliccion, dice (*Dan. ix, 4*), presenté mis oraciones á Dios: primeramente confesé mi indignidad y dije: Señor, son pecadores y rebeldes á vuestras santas leyes los que se dirigen á Vos: *Confessus sum, et dixi: Peccavimus, iniquitatem fecimus, declinavimus á mandatis tuis*. Prueba es tambien Esdras (*I Esdr. ix, 6*): Dios mio, yo comienzo á dirigirme á Vos por la confusion que tengo en vista de mi indignidad, no atreviéndome á levantar los ojos hácia Vos con motivo del gran número de pecados que me abruma: *Deus meus, confundor et erubescio levare faciem meam ad te, quoniam iniquitates nostræ multiplicatæ sunt super caput nostrum*. Lo prueba el publicano del Evangelio, que Jesucristo nos da por sí mismo como modelo de un pecador, cuya oracion le es agradable (*Luc. xviii, 13*): Dios mio: ten misericordia de mí, que soy un pecador: *Deus, propitius esto mihi peccatori*. El fariseo orgulloso desechó este método: él se persuadió, que si á la cabecera de su peticion ponía la inocencia de sus costumbres, sus ayunos, sus limosnas, sus buenas obras, sería aquella recibida con mas facilidad; pero se engañó: su oracion fué reprobada; y la del humilde publicano, que ni siquiera se atre-

via á levantar los ojos al cielo, atrajo sobre él la misericordia y la gracia de Dios.

Se debe rogar con constancia, sin cansarse jamás de la oracion. Es preciso rogar con perseverancia. Esto es lo que Jesucristo quiso darnos á entender con la parábola de un juez, que no teniendo ningun temor, ni de Dios ni de los hombres, concedió sin embargo á la importunidad de una viuda lo que habia resuelto negarle. Esto es lo que nos indicó tambien con otra parábola de un hombre, que habiendo recibido la visita de un amigo suyo, y no teniendo bastante pan, va á media noche á casa de su vecino, le ruega y le pide encarecidamente que le preste tres panes. Al principio se los niega redondamente. Idos de aquí, le dice, no es este el momento de venir. El otro no se desanima por esto, y llama á la puerta con mas fuerza que antes. Retiraos, le responde el vecino, toda la familia está acostada. Aquel hombre, por fin, tanto es lo que importuna, é insta con tanta eficacia á su vecino, que este se levanta para contentarle. *Pues bien*, dice Jesucristo (*Luc. xi, 8*), *ese hombre, que no da por razon de su amistad, da sin embargo para librarse de la impertinencia del suplicante*. Y esto nos enseña, que no debemos desalentarnos si Dios no nos oye favorablemente en el principio; que él quiere á veces ser importunado, y que únicamente se obtiene á fuerza de pedir.

Con efecto, Dios puede tener razones para diferir á veces el efecto de nuestros votos y de nuestras demandas: si él no corona desde luego nuestros deseos, es para hacernos sentir, dicen los santos Padres, el precio de sus favores; para probar nuestra fe y nuestra sumision, recompensar nuestra paciencia, hacernos mas humildes, mas vigilantes y mas atentos sobre nosotros mismos. Guardémonos bien de no murmurar jamás de su modo de proceder: seamos importunos en hora buena, pero seámoslo con humildad. Acordémonos de aquella mujer de Canaan de quien habla el Evangelio (*Matth. xv, 22*): ella grita, y Jesucristo hace como quien no la oye: ella busca protectores entre los apóstoles, y Jesucristo les responde con dureza que él no es enviado sino para las ovejas de Israel. ¿Y se desanima ella por estos desdenes? Al contrario, se obstina, se echa á sus piés, y levanta su voz dolorida. Jesucristo le responde con autoridad, que el pan de los hijos no es para viles animales: esa mujer humilde no se ofende de esta comparacion humillante: nora buena, replica ella; pero los mas viles animales aprovechan las migajas que caen de la mesa de su Señor. Esto es ya demasiado: el

mismo Jesucristo no puede resistir á una humildad tan constante. *¡Oh mujer, exclama, qué grande es tu fe! hágase contigo del modo con que lo has pedido.*

¡Cuán á propósito es este ejemplo para confundirnos, hermanos míos. ¡Ah! si reflexionáramos sobre la manera con que hemos rogado hasta ahora, ¿no es verdad que tenemos fundados motivos de temer, que nuestras oraciones, en vez de haber atraído las misericordias de Dios, no hayan merecido otra cosa que su enojo? Señor, enseñadnos Vos mismo á rogar: haced que no nos presentemos nunca delante de Vos sin haber preparado nuestra alma, sin haber reflexionado sobre lo que vamos á hacer, sin habernos penetrado bien de vuestro poder y de nuestra flaqueza, de vuestra grandeza y de nuestra nada. Iluminad nuestro espíritu durante la oracion, alejad todas las ideas que la estorban y la disipan; inflamad nuestro corazon; formad en él con las operaciones inefables de vuestra gracia los sentimientos de piedad, los buenos deseos, los gemidos interiores de una alma que os ama y que suspira por Vos. Haced que nuestro corazon desee verdaderamente lo que nuestra boca os pide; que nuestras acciones correspondan á nuestras súplicas; que os adoremos en espíritu y en verdad; en fin, que busquemos á Vos, que nos unamos enviolablemente á Vos en la tierra, y que os poseamos para siempre jamás en el cielo. AMEN.

PLÁTICA VI.

EXPLICACION DEL PADRE NUESTRO.

Oportet semper orare.
Conviene orar perseverantemente.
(*Luc. xviii, 1.*)

EL mismo Jesucristo dijo á sus apóstoles que convenia orar siempre, y ellos convencidos de esta necesidad pidieron á su divino Maestro que les enseñase á orar. El Señor, dándoles esta impor-